



Fundación **Pablo Neruda**

German **Carrasco**



Germán Carrasco

Germán Carrasco Vielma (Santiago de Chile, 28 de mayo de 1971–Santiago de Chile, 9 de febrero de 2026) fue un poeta fundamental de la literatura chilena contemporánea. También traductor, narrador y cronista, su obra trazó, desde comienzos de los años noventa, un mapa crítico de la experiencia postdictatorial: la ciudad expandida, la memoria fragmentaria, la educación sentimental bajo el neoliberalismo y la cultura mediática como archivo y campo de batalla.

Adscrito a la llamada generación de los noventa, Carrasco fue cronista de la hiperurbanización y, al mismo tiempo, cartógrafo de una subjetividad atravesada por discursos múltiples —música, cine, teoría literaria, cultura popular— que en su escritura nunca operaron como ornamento, sino como fricción. Entendió el lenguaje como zona de conflicto: allí donde lo íntimo y lo colectivo se interpelan, donde la biografía se cruza con la historia y donde la ironía funciona como ética antes que como gesto.

Crecido en la comuna de Independencia, formado en Lengua y Literatura Inglesa en la Universidad de Chile, fue parte activa de los espacios que marcaron la renovación poética de la posdictadura. Participó entre 1991 y 1993 en el taller de poesía de su facultad; en 1993 publicó textos en la antología del Grupo Códice y, en 1994, obtuvo el segundo premio en el concurso de poesía para obras inéditas del Departamento Técnico de Investigación de la Universidad de Chile, lo que dio origen a su primera plaquette, *Brindis* (1994). Integró el Taller de la Fundación Pablo Neruda. Más tarde dirigió talleres en Chile y Argentina y ejerció una sostenida labor como cronista en diversos medios, entre ellos *The Clinic*.

Su vínculo con la Fundación Pablo Neruda fue significativo y fecundo: becario del Taller Pablo Neruda en 1993, recibió el Premio Pablo Neruda en 2005 e integró la Antología Poética Premio Pablo Neruda 1987-2005, publicada por la institución en 2006. Fue, además, un lector exigente de la obra nerudiana, particularmente de *Residencia en la tierra* y, sobre todo, de *Estravagario*, cuya libertad formal, tono reflexivo y desplazamientos irónicos dialogan con zonas reconocibles de su propia poética.

La obra de Carrasco se despliega con coherencia y riesgo en una bibliografía extensa. En poesía publicó: *Brindis* (1994); *La insidia del sol sobre las cosas* (Dolmen, 1998), Premio Jorge Teillier 1997; *Calas* (Dolmen, 2001), distinguido con el Premio Mejores Obras Literarias Publicadas 2002; *Clavados* (J.C. Sáez, 2003), Premio Sor Juana Inés de la Cruz (México–Costa Rica, 2001); *Multicancha* (El Billar de Lucrecia, México, 2005; reedición Kiltro Sudaka, 2012); *Ruda* (Cuarto Propio, 2010), nuevamente Premio Mejores Obras Literarias Publicadas 2011; *Ensayo sobre la mancha* (2012); *Mantra de remos* (Alquimia, 2016); *Imagen y semejanza* (Lumen, 2016), antología de seis poemarios seleccionada por Vicente Undurraga; *Metraje encontrado* (Hueders, 2018), con fotogramas de Tiziana Panizza; *Pumas en la Alameda* (Libros Tadeys, 2020) y *Cripsis* (Tadeys, 2023). En narrativa publicó la novela *B&B&V* (Editorial Aparte, 2025). En no ficción reunió su trabajo en *A mano alzada* (Cuarto Propio, 2013), *Retrato de la artista niña y otros apuntes* (UDP, 2019), *Prestar ropa. Crónicas y ensayos literarios* (Lumen, 2019), *Mantis en el metro* (Seix Barral, 2021) y *Las overlistas de Patronato* (Editorial Aparte, 2024).

Su escritura, de sintaxis expansiva y respiración larga, articuló memoria personal, cultura popular e historia política con una conciencia urbana aguda. No hubo en él programa declamatorio, pero sí una ética constante: des-



confianza ante el lirismo complaciente, resistencia a la solemnidad vacía y exploración de una subjetividad expuesta a las contradicciones del presente. Desplazó el énfasis metafísico hacia una poética culturalista, polifónica y material del lenguaje; hizo de la intertextualidad un procedimiento crítico, una forma de leer la ciudad a través de sus propios signos.

Como traductor, vertió al español obras de William Shakespeare (*El mercader de Venecia*, 2002), John Landry (*Quién va a podar los ciruelos cuando me vaya*, 2010) y Robert Creeley (*Autobiografía y otros textos*, 2010), entre otros autores, consolidando un puente con la tradición anglosajona que también alimentó su propia escritura. A su vez, su obra fue traducida al alemán (*Wir die keinen karneval*, 2005), al inglés (*Poems*, 2010) y al italiano (*L'insidia del sole sopra le cose e altre poesie*, Raffaelli, 2010), ampliando su recepción internacional. Fue incluido en relevantes antologías latinoamericanas y europeas, entre ellas *El decir y el vértigo* (México, 2005), *Zurdos* (España, 2005), *Cahiers de LI.RI.CO. N°2* (Francia, 2006), *Tres voces del Cono Sur* (México, 2008), *Cuerpo plural* (Pre-Textos, 2010) y la mencionada *Antología Poética Premio Pablo Neruda 1987-2005*.

A lo largo de su trayectoria recibió, además de los premios ya mencionados, el Premio Enrique Lihn (2000), el reconocimiento del Concurso Hispanoamericano Diario de Poesía (Buenos Aires, 2000), la Beca Fundación Andes (2003), la Beca de Escritura Creativa de la Universidad de Iowa, la Beca Fundación Rockefeller y la Beca Jean Jacques Rousseau otorgada por la Schloss Solitude Akademie de Alemania. Estos apoyos y distinciones no hicieron sino confirmar una obra que se imponía por su rigor y su singularidad.

Germán Carrasco murió el 9 de febrero de 2026. Fundación Pablo Neruda reconoce y homenajea su obra con este Dossier dedicado a su poesía y legado.

Hasta siempre, Germán.



La poesía de Germán Carrasco

Por Oscar Barrientos Bradasic

La poesía de Germán Carrasco es probablemente una de las experiencias más radicales de la literatura chilena. Cada libro de su poesía rezumaba el tráfago de la ciudad, los vendedores ambulantes, las viejas casas Kulczewski, la mixtura entre la urbe europea y el emplazamiento latinoamericano. Cada libro fundaba una cadena de significados que el tiempo no hace más que ensanchar. A mi modo de ver se trata de un poeta de factura mayor, el mejor de mi generación y me atrevería a decir, de varias generaciones. Quizás, el más rockero de nuestros poetas y cuya incorrección política era su carta de presentación. Con solo nombrarlo se me aparecen ninjas saltando a la página en blanco, calas, la luminosidad enfrentando la penumbra, obreros descargando sacos de harina casi como fantasmas, un chungungo nadando de espaldas, montañas invitando a la proeza de escalarlas, metrajes encontrados donde el anonimato encarnará un supremo protagonismo, todo un espacio de voces y sobresaltos que emanan de diferentes tiempos. Me refiero a que en su literatura convivían eso que algunos despistados llaman «alta cultura» con referentes muy vitalistas, que venían del pop, del dialecto que merodea lo urbano, de manera especial, las calles de Independencia, casi su lugar esencial.

A mi entender, la poesía de Carrasco descendía (en su preocupación por dudar constantemente de la validez declarativa de la palabra) de Enrique Lihn, probablemente el padre espiritual de la generación de los noventa. También porque sostenía que lo antipoético no tiene que ser programático, a la manera de su leñadora tan Carver tan Cobain que se fabrica en oriente por un hermoso Mao Tse Tung menor de edad y que termina sirviendo de trapo para pulir el trofeo de un club que no existe, proceso que se análoga al viaje mestizo, intertextual, ajetreado, crepitante de un poema.



No te conviertas en leyenda

Por Damaris Calderón

No te conviertas en leyenda.
No te conviertas en una constelación
en otra animita.
No te conviertas en la necrológica
en la reseña del crítico del Diario Oficial
en el anecdotario del buitrerio.
(No hubo otro cuerpo que estrechar
sino el pelaje de un gato).
No te conviertas en Baudelaire.
No te conviertas en una cita
en el pan candeal de los académicos.
No te conviertas en el Poeta Póstumo.
(Todos corren a clavar sus pértigas).
No te mueras.
El sol sigue.
La insidia sigue.
El aguijón de la poesía.

A teal-tinted photograph of a man with dark hair and a slight beard, looking directly at the camera. He is holding a small, light-colored cat with dark stripes on its face and chest. The cat is looking slightly to the right. The background is a plain, light-colored wall.

Poemas

El sol de las tres de la tarde I

Para las urracas o el abatido nido de sus ojos
brillan los tesoros: sillas de ruedas, baratijas
en manos virginales, en regazos.
Capta su plasticidad: el sol
puede afiebrarte como a un recién nacido
o a un raquítrico y afectado manos finas
al concentrarse en los trozos brillantes
de una botella rota en plena acera, al asolar
y desolar las fachadas continuas de esta parte;
al enmarcar defectos físicos, bellezas excesivas;
al cruzar parabrisas y ojos claros.
No es justo decir que afea el día cuando pone
un velo de bruma sobre el género
insidioso, acentuado de las cosas
ni culpar a la noche de la traición, el crimen
o de los últimos sucesos, cualesquiera
que estos sean. Un buen día (se podría decir)
a pesar de la engañosa apariencia
del sol sobre las cosas. Además, recuerda
lo terrible que fue ver (aunque por algunos segundos)
al sol como una moneda vieja
o una ampolleta de bajo voltaje
hace algunos años, en el eclipse, en Putre.

Héctor Figueroa mirando a las estrellas

Trabajo como una persona sola
Como el chino y el pobre que soy
Como si quisiera surgir.
Compro CD's de Jazz, la revista madrileña Co & Co,
Libros de Anagrama, Visor e Hiperión.
Leo a poetas tan mal editados como mal nacidos
Que van al grano como las prostitutas al dinero:
Versos corto punzantes
que empiezan generalmente con mayúscula
Para que se sienta el martillazo
Y camuflar la prosa pura.
Mi casa es una taberna que recibe a toda clase de amigos:
Hijos de puta que consumen mi tiempo, mis libros
Y el trago que le da sentido
A mi vida sin sentido de cartero.
A veces viene la mujer araña
A encamarse conmigo durante días de ausencia laboral.
Me hace café, me da comida,
Limpia el baño de quinta de recreo
Y me deja vacío
Fumando, mirando las estrellas.

Veraneo

Tú en la casa copada, yo en una carpa en el patio
y la sagrada familia sospechándome maricón
tal vez por la costumbre —único bien heredado de mi padre—
de cruzar las piernas protegiendo el sexo, con un brazo encima
como si fuera a recibir un golpe bajo
Y aquí estamos:
«quiero llegar tostadita a Santiago»
poniéndote pomadas en el cuerpo,
haciéndote el amor con cuidado de tus quemaduras.
En los pasatiempos veraniegos
la sagrada familia parece absolverme: los triunfos sistemáticos
algo cosechan de resentimiento y respeto.
Por mi parte lavo los platos como un bendito caballero
y fumo el bossanova crepuscular como tu cuerpo
mirando el bikini gotear en el cordel.

(Para Paula Repetto)

La escritura

El cursivo desplazamiento y los caracteres garrapateados
—patas de araña de manuscritas infantiles—
son deleitosos incluso sin significar, por ejemplo en mandarín
o cuando los patinadores registran marcas en el hielo.
Cuando son inteligibles, esas formas zigzagueantes se tornan milagrosas
y en la punta del lápiz o pincel mundo y espíritu contraen matrimonio,
la muñeca obedece al dictado de las estrellas
y el murciélago ciego encuentra su camino por el eco.
Pero lo del estilo de la letra reside en el carácter:
el universo provoca temblores distintos en cada mano,
desde la mano del falsificador de cheques hasta la del emperador
Hui Tsung, que llamaba a su caligrafía «Dios Esbelto».
Un hombre nervioso escribe nerviosamente
acerca de un mundo nervioso, y una mujer y así cada cual.
Mágico, es como si el mundo fuera un gran escrito.
Pero habiendo dicho tanto y todo esto, admitamos
que hay más en el mundo que escritura: las fallas continentales
no son fisuras convulsas en el cerebro.
Además, no sólo los patinadores deben pronto irse a sus casas
(como yo debo abandonar la Tierra de las Ardillas y regresar a Santiago)
sino que además la dura marca de sus patines está registrada
en el agua que no graba: el hielo es agua.

Antes de la veda de los locos

Alguien machacaba locos para ablandarlos. En un galpón con eco ponía los locos dentro de una cámara de neumático y la golpeaba con fuerza de tortura como un saco contra el suelo y ese sonido tenía eco (de colegio/gimnasio/recinto militar/catástrofe/snuff azulejos/carnicería/tiempo que transcurre a golpes fríos). Machacaba locos para ablandarlos: era su trabajo. Ella leía un poema del poeta del puerto que es rubio y rojo como jaiba y usa la camisa con dos botones sin abrochar mostrando el pelo en pecho. «Jureles», leía los versos mientras alguien machacaba locos para que ella los comiera blandos como balada tenue en el Mercado Central de Santiago y en su lengua los dirigieras al cielo de los peces y mariscos. Eran los mariscos que comían mirándose a los ojos era un vino blanco y lento, unos billetes acariciados por sus manos. Era el bello rostro averiado por la praxis del garzón o los vecinos de mesa —yo entre ellos—, era un niño ofreciendo calendarios, un tomarse las manos bajo la mesa. Era la acidez de los limones o la sangre de los piures y el tabasco tiñendo el caldillo lentamente. Yo veía todo a través de una botella de vinagre con ramas de romero —vegetación marina, cabellera que salta como virutas al hachazo—

y ella le decía al joven que había ecos y palabras bellas en las que nadie reparaba:
e.g: Socorro Andino. Santiago Morning. Santiago Wanderers.
Locos: mariscos chilenos. Su precio era prohibitivo. Hoy en veda
Brigada de rescate andino. Equipos de fútbol de Santiago y Valparaíso

Alta Poesía

A veces quemo la vela por ambos cabos
A veces quemo el aceite de la medianoche
y hurgo en libros como con herramientas,
contundentes herramientas. Golpean:
«ábreme, samaritano, tengo a mi hija en el hospital
y necesito monedas para el microbús»
¿Cómo saber si dicen la verdad?: Se cacha al tiro
y creo no equivocarme en estos casos:
con alguna herramienta contundente
como por ejemplo una pala de jardín
—cualquier herramienta es un arma
si se la empuña adecuadamente—
permanezco alerta a palabras y sonidos
de la calle, a la vez que del libro
o mi boceto, garabatos; me detengo
en una palabra, creo asirla, y esta vez
siento que forcejean con ganzúa. Los espero
con una contundente herramienta de jardín
en una mano. Con la otra leo «oda a un ruiseñor».

El monstruo marino

la memoria es una almohadilla en forma de corazón
en donde las costureras clavan agujas y alfileres

en la más nieve de las soledades
en la más aleonante brisa marina
o un pueblo caluroso en brasil

¿Será él?

(la memoria es una almohadilla en forma de corazón
en donde las costureras clavan agujas y alfileres)

¿Lo saludo? (vamos, por qué no, somos adultos)

sorbe cerveza ¿será él? parece será pero claro es él (¡) cómo

estás qué alegría yo pensé que te había tragado

una universidad yanqui el vih el alcoholismo la vida

o un monstruo marino la reconch

y charlamos y charlamos

y ya, fin

Patinadores

Una pareja de patinadores se desliza de la mano a las 4 AM
El siseo sobre el asfalto es la única música en la noche
(paletadas de entierro o de arena sobre zinc, los rodamientos
como el latigazo de las olas cuyo golpe y sonido decrece, no termina).
Me asustaron.
No advirtieron el escaparate abierto: momificado frente a
la pantalla de un PC
un maniquí mascullaba algo apretadamente
(sin vibración de las cuerdas vocales)
para que algo no huyera patinando; la noción,
quizás, de una pareja
deslizándose inconsciente por la noche.



*«Toda buena poesía
es una búsqueda,
una forma que gatilla
otras formas y
deformidades...»*

Biblioteca pública

Cada vez que empezaba a leer poesía
mi cuerpo comenzaba a agigantarse
y mi oído percibía las voces ajenas
como si fueran de marcianos, duendes
o el producto de una cinta acelerada.

Entonces sentía una culpa de ancla
y pensaba que para leer poesía
había que irse lejos o encerrarse.

Por eso me cortaba las venas
con una navaja que porto. Entonces
(1) me desinflaba como un globo
o (2) inundaba la biblioteca de sangre.

Épica

no pienses en el Che,
piensa en el Chino y el Willy:
esos dos que lo acompañaron hasta el final
(los fotógrafos pasaban por sobre sus cuerpos
—alfombras, bultos—
para fotografía al cristo
de Caravaggio o Zurbarán); piensa
en los recogedores de pelotas en el tenis;
en la lozana noviciatura
de todo primer poema,
en quienes no tienen militancia,
en quienes pasan el año nuevo
en un cyber café peruano.

Un joven escritor se pregunta por la inexistencia de rock and roll

Los tentativas democráticas engendraron
seres monstruosos e hiperlaxos
que parecen haber alcanzado el nirvana
luego de un curso rápido de meditación
o, quizás, los privilegios ablandaron demasiado
a los hijos de exiliados en Europa, no lo sé;
demasiada colección de vinilos
y conchitas de playa. Quizás la dieta.

Confundir la poesía con cables y circuitos
les caía como anillo al dedo
a los que se negaban al contenido y al pathos
del grunge o la poesía o el sexo explícitos
en los humillantes años noventa.

Si el tiempo fue brutal con la música electrónica
hoy se mudan al folk o a algún experimento
del sudeste asiático: dieta incluida, otra vez.
Parecen lobos marinos que toman el sol
en Valdivia o Bahía Inglesa, galla.

No lo sé a ciencia cierta: el peso
de su trasero, tal vez.
La falta de depredadores.
El más descarado aburguesamiento.

La única performance de mi vida

La única performance de mi vida
ha sido poner cera con tierra de color roja
en el piso de un cuarto que convertí
en estudio monacal.

El contraste del blanco
de la cal de las paredes
y el rojo del piso
fueron mi obra maestra.

Aplico cera en cuatro patas
y me siento como una esclava
El piso lucirá impecable
como para la visita de la Virgen.

Es como si hubiese asesinado a alguien
y esparciera la evidencia de la sangre
o me regocijara en su plasticidad
¿A quién habré asesinado hoy?

Quizás maté a alguien y no me di cuenta
como cuando uno abre el periódico
y tiene que leer alguna barbaridad
o escuchar algo horrendo. He aprendido

a evitar estridencias y accidentes
y a no provocarlos ¿Es sangre lo del piso?
Esas sordideces gustan mucho
a nuestras católicas y retorcidas cabezas

Uno siempre mata a alguien
y todos los días lo matan a uno
y se pierde mucho tiempo al pedo
en resucitar.

Naturaleza muerta

Le suplicaba a mi hermana que no cortara
la parte oxidada de las flores que le había regalado.
Cámbiales el agua si quieres pero no elimines
esas hojas, deja que caigan solas esas partes
y cuando caigan, déjalas un tiempo en la mesa,
al menos un día, pule la mesa sin tocar esas hojas;
además, algunas partes que sueles podar
ni siquiera están oxidadas del todo. Y otra cosa:
deja un minuto los platos con residuos
sin desesperarte por lavarlos de inmediato,
ya los lavaré yo luego, no te preocupes;
descansa un segundo, fuma, tírate en la cama
por el amor de dios, échate en el sofá, permíteme
un segundo, te voy a leer unas páginas de Tanizaki
acerca de las pátinas y vestigios del tiempo sobre las cosas;
te vas a reír cuando habla de los excusados japoneses. Descansa.

Pero nunca lo hizo. Nunca lo hacen.
No saben hacerlo.

Neruda en la discotheque

Cuando Neruda entró a la discoteque vacía
vio la esfera espejeante, icono de la música disco
fascinado como un bárbaro ante el imperio.
Se las arregló para que el administrador del local la bajara
y para poder de esa manera observarla de cerca.
Descubrió que estaba compuesta de pequeños espejos,
pensó en globos terráqueos y, reflejándose
se vio abarcando el mundo entero.
Quiso saber cómo operaba aquel ingenio
para lo cual asistió a la discoteque de noche.

.....

Pensó que se trataba de una fiesta de disfraces
en donde se pretendía emular a Sodoma y Gomorra,
pensó que era una fiesta gay & lesbian.
Los disfraces eran bastante más osados
que aquellos de las veladas de Isla Negra.
Luego rechazó esa idea: quizás la gente bebía y bailaba
en un rito de adoración a Baco
o al Mundo (representado por la esfera de espejos
que colgaba, extraña lámpara en el cielo).

El espacio que se necesita para bailar
es el número de tu calzado, ambos pies.
Además, Chile es un país sísmico:
si bailas no sentirás el terremoto
que —no te preocupes— no es otra cosa
que un plagio de hacer el amor,
un catre que quiere arrancar como una nave.

Un poeta está por las cosas, no contra ellas
—Neruda no tenía ni que pensarlo—;
comprende y canta los fenómenos más raros,
lo freak y lo queer son su materia
—ya empezaba a hablar como los jóvenes del lugar
o, si se quiere, a adueñarse del lenguaje—
traza un puente entre generaciones y culturas,
es, final y simplemente, UN HOMBRE LIBRE

Y canta:

Tra la la la la
pero también:
La tra tra tra tra

La discoteque estaba en Moscú, Ceilán o Santiago,
Neruda intentaba comprender aquella música,
recordó haber comprado el single Mr. Postman en Londres
y haberlo obsequiado a su joven cartero. Pero esto era distinto:
pulsiones de neutral marcapasos o callejeo tecnológico.
Neruda bebía en la barra, observaba,
pensaba en tatuajes de hombres de mar,
en tribus, en extravagantes homosexuales europeos,
en mascarones cuyos senos generosos
parecían agitarse bajo la tormenta tal los senos
de estas bacantes en el desenfreno de la danza.
Pensaba en carnavales, en tribus, en aborígenes
que usaban aros en lugares impensables,
en pájaros exóticos similares a algunas personas de ese lugar.
Pensaba en «El Viajero» de Baudelaire.
Como con destello de abalorios, la bola giraba.
Neruda no pudo resistir la tentación
y se las arregló para conseguir una de esas esferas
y la puso entre otros mundos y globos terráqueos
en su colección de planetas locos de Isla Negra.



Dossier homenaje a Germán Carrasco

Santiago de Chile, febrero de 2026.

Agradecimientos a los textos de
Oscar Barrientos y Damaris Calderón.

Poemas de Germán Carrasco.

Fotografías:
Archivo Fundación Pablo Neruda
Timo Berger / Penguin Libros / Web Eterna Cadencia

Edición, diseño y diagramación:
Equipo Fundación Pablo Neruda.





Fundación **Pablo Neruda**